Pequeños animales Mágicos

Sophie Suavecita se atreve

Daisy Meadows

DESTINO

Sophie Suavecita se atreve

Daisy Meadows

DESTINO

Para Eddie, mi compi de desayuno,
con todo mi amor

Un agradecimiento muy especial para Valerie Wilding

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© de la traducción: Patricia Nunes, 2016

Título original: *Sophie Flufftail's Brave Plan*
© del texto: Working Partners 2015
© de la ilustración de cubierta e ilustraciones interiores: Orchard Books 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-08-16735-8
Depósito legal: B. 1.037-2017
Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Capítulo uno: Un día de tormenta 9

Capítulo dos: Otra vez en el Bosque de la Amistad 23

Capítulo tres: El plan de Grizelda 33

Capítulo cuatro: El hechizo helado de Gélido 49

Capítulo cinco: La pequeña Lola 59

Capítulo seis: Potes calientes 67

Capítulo siete: Dentro de la Cueva de Invierno 81

Capítulo ocho: El brillo del sol 95

CAPÍTULO UNO

Un día de tormenta

Jess Forester sonreía mientras untaba la brillante mantequilla dorada sobre su último trozo de pan crujiente.

—La comida estaba muy buena, papá —dijo.

—Humm —repuso Lily Hart, su mejor

amiga—. Queso, compota de manzana y nueces. ¡Qué rico!

El señor Forester sonrió.

—Coge más nueces. Recogimos un montón antes de que se las llevaran las ardillas.

—Si como más nueces, ¡me convertiré en

una ardilla! —bromeó Jess mientras se levantaba para recoger la mesa—. Además, tenemos que volver a Échame una Pata.

Las dos niñas se sonrieron. Tenían la suerte de vivir en la misma calle y de que los padres de Lily tuvieran la clínica veterinaria Échame una Pata. La clínica cuidaba de todo tipo de animales que lo necesitaran y ¡a Jess y Lily les encantaba ayudar allí siempre que podían!

El señor Forester miró por la ventana.

—Coged los chubasqueros —sugirió—. Parece que va a llover, y no querréis mojaros...

Mientras lo decía, la lluvia comenzó a sal-

picar la ventana. Jess y Lily se pusieron las chaquetas y las botas de agua, y Jess cogió un gran paraguas con los colores del arco iris.

Cuando salieron a la calle, el viento le sopló todo el pelo a Lily en la cara. Se metió bajo el paraguas de Jess y miró a su amiga.

—¡La lluvia te está rizando el pelo más que nunca! —dijo.

Después de cruzar la calle, Jess abrió la verja de Lily y corrió por el cami-

nito hacia el cobertizo de Échame una Pata, que estaba al fondo del jardín.

Pero mientras corría tras su amiga, Lily vio algo raro bajo el castaño.

—¡Espera! —exclamó.

Lily señaló un montón de hojas y ramitas.

—Algo se está moviendo ahí debajo —susurró.

Entonces apartó las hojas mojadas. Debajo se apiñaban tres animalitos de ojos brillantes y largas colas enrolladas alrededor de sus cuerpecitos peludos.

Lily ahogó un grito.

—¡Crías de ardilla! —exclamó—. Deben de haberse caído del árbol.

Miró alrededor. No se veía a los papás de las ardillitas por ningún lado.

—¡Son tan pequeñas...! —dijo Jess, y tapó a las pequeñas con el paraguas para protegerlas de la lluvia—. No las podemos dejar aquí. Ya están empapadas.

—Tienes razón —repuso Lily—. Mamá y papá siempre dicen que normalmente no debemos tocar a las crías por si vuelven sus papás a buscarlas, pero creo que las tenemos que llevar a la clínica veterinaria.

Cogió a dos bebés ardilla y Jess cogió al tercero con mucho cuidado.

Cuando llegaron al cobertizo, Lily llamó a la puerta con el pie.

La señora Hart la abrió.

—¡Ostras! —exclamó al ver las ardillas—. ¡Pasad!

Lily y Jess llevaron las crías al señor Hart, que estaba junto a la mesa de trabajo. Las niñas dejaron las ardillitas encima con mucho

cuidado y luego explicaron dónde las habían encontrado, mientras se quitaban las chaquetas y las botas de agua.

La señora Hart buscó una caja para hacer un nido, y Lily cortó unos cuadrados de una suave manta para forrarla.

—Será una camita muy cómoda —comentó.

—¡Como una auténtica casita de ardillas! —exclamó Jess—. Seca y calentita.

Con cuidado, metieron dentro a las tres crías, mientras el señor y la señora Hart iban a la cocina a buscarles algo de comer.

Lily y Jess estaban contemplando a las ardillitas acurrucarse unas contra las otras cuan-

do oyeron que daban unos golpecitos en la ventana.

Vieron una bonita gata de ojos verdes subida al alféizar por la parte de fuera. Tenía gotas de lluvia en los bigotes.

—¡Goldie! —susurró Jess.

—¡Está empapada! —exclamó Lily, y corrió a abrir la ventana.

La gata entró deprisa, mojando todo el suelo.

Jess fue a buscar una toalla. Se sentía muy nerviosa mientras secaba el pelaje dorado a la gata. Quizá Goldie pareciera normal, pero Jess y Lily compartían un maravilloso secreto: Goldie vivía en el Bosque de la Amistad,

¡un mundo mágico lleno de animales que hablaban!

Goldie ronroneó mientras las niñas la secaban.

—Quizá el Bosque de la Amistad esté otra vez en peligro —aventuró Lily.

—Espero que no haya vuelto Grizelda —dijo Jess preocupada.

Grizelda era una bru-

ja malvada que quería quedarse el Bosque de la Amistad para ella sola. Anteriormente, había enviado a los cenagosos, sus cuatro apestosos criados, a que destrozaran el bosque. Por suerte, las niñas habían conseguido estropearle el plan y salvar el bosque.

Goldie alzó la mirada y maulló; luego fue hacia la puerta.

—¡Quiere que la sigamos! —dijo Jess. Le brillaron los ojos—. ¡Lily, creo que Goldie nos va a volver a llevar al Bosque de la Amistad!

—¡Veremos a nuestros amigos animalitos otra vez! —exclamó Lily sonriendo. Se acercó a la ventana de un salto para mirar afuera.

Por suerte, la lluvia había parado—. ¡Mamá! —gritó—. Vamos a salir.

—Muy bien —contestó la señora Hart.

Se volvieron a poner las chaquetas y las botas de agua, y siguieron a Goldie más allá de la clínica, hacia el Arroyo Radiante. Lo cruzaron saltando sobre las piedras y corrieron hacia el gran árbol que estaba en medio del Prado Radiante. Parecía un roble muerto, pero las niñas sabían que se trataba del Árbol de la Amistad, y era muy especial.

Lily y Jess corrieron hasta él árbol y se sonrieron. ¡Algo mágico estaba a punto de suceder!

En cuanto Goldie llegó al árbol, comenza-

ron a brotar hojas de las ramas muertas, los pájaros revolotearon cantando sus dulces canciones, y brillantes mariposas bailaron entre las bonitas flores amarillas que habían crecido debajo. Lily pasó los dedos sobre las palabras que estaban grabadas en la corteza del árbol.

—¿Estás lista, Jess? —preguntó muy animada.

Leyeron juntas en voz alta.

—¡Bosque de la Amistad!

Al instante, en el tronco apareció una puerta con un picaporte en forma de hoja. Jess cogió a Lily de la mano y abrió la puerta. Un gran resplandor salió de dentro. Agacharon la

cabeza y siguieron a Goldie hacia la luz resplandeciente.

¿Qué aventura mágica correrían esta vez? ¡Lily se moría de ganas de descubrirlo!